

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1983

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal, SE - 25 - 1958

Impreso en Artes Gráficas Padura, S.A. - Luis Montoto, 140 - Sevilla

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

PUBLICACION CUATRIMESTRAL

5

2.ª EPOCA
AÑO 1983



TOMO LXVI
NUM. 203

SEVILLA, 1984

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2.ª ÉPOCA

1983	SEPTIEMBRE-DICIEMBRE	Número 203
------	----------------------	------------

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MIGUEL ANGEL PINO MENCHÉN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ISABEL POZUELO MEÑO

JUAN A. MORA CABO

MANUEL RUIZ LUCAS

FRANCISCO MORALES PADRÓN

OCTAVIO GIL MUNILLA

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M.ª DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

JUANA GIL BERMEJO

ANTONIO MIGUEL BERNAL

CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1
APARTADO DE CORREOS, 25 - TELÉFONO 22 28 70 - EXT. 154 Y 22 87 31
SEVILLA (ESPAÑA)

ARTICULOS

SUMARIO

ARTÍCULOS

Páginas

- CEBRIÁN GARCÍA, José.—*Nuevos datos para las biografías del Inquisidor Claudio de la Cueva (1551?-1611) y del poeta Juan de la Cueva (1543-1612) I* 3
- TERUELO NÚÑEZ, M.^a Sol.—*Estudio formal del diminutivo en los hermanos Álvarez Quintero* 31
- TORRE SERRANO, Esteban.—*Carta a un estudiante (Los criterios pedagógicos del doctor Salcedo de Aguirre)* 65
- LINAGE CONDE, Antonio.—*Al Itálico modo. En torno a algunas óperas desarrolladas en Sevilla* 97
- PULIDO BUENO, Ildefonso.—*La documentación testamentaria en Huelva en el siglo XVII: Una aproximación a su estudio* . . . 115
- GUTIÉRREZ LLAMAS, M.^a del Carmen.—*Estudio histórico-artístico del Monasterio de la Asunción de Sevilla, de Reverendas madres mercedarias* 141
- GARCÍA OLLOQUI, M.^a Victoria.—*El tema de los Ángeles en la obra de Luisa Roldán* 193

LIBROS

Páginas

- Temas sevillanos en la prensa local (enero-abril 1983)
José J. Real Heredia 203

Crítica de libros

- CEBRIÁN GARCÍA, José.—*La sátira política en 1729*. A. Domínguez Ortiz 215
- FERRER GARROFE, Paulina.—*Bernardo Simón de Pineda. Arquitectura en madera*. Alfredo J. Morales 218
- PIÑERO RAMÍREZ, Pedro.—*La Sevilla imposible de Santa Teresa* (Crónica de un malestar en las páginas de su epistolario). José Cebrián García 220
- AMALIO.—*Aguibla*. Fernando Rodríguez Izquierdo y Gavala 224
- DE LEÓN, Pedro.—*Grandeza y miseria en Andalucía, Testimonio de una encrucijada histórica (1578-1616)*. A. Domínguez Ortiz 227
- HEREDIA HERRERA, Antonia.—*Archivos municipales sevillanos. Inventario de los archivos de Marchena, Camas y Lora del Río*. A. Domínguez Ortiz 229
- WAGNER, Klaus.—*Martín Montedoca y su prensa. Contribución al estudio de la imprenta y de la bibliografía sevillana del siglo XVI*. Aurora Domínguez 231

CARTA A UN ESTUDIANTE

(Los criterios pedagógicos del doctor Salcedo de Aguirre)

En la extensa nómina de ingenios españoles de la segunda mitad del siglo XVI, figura una serie de autores de pensamiento libre y pluma más o menos brillante, en general poco conocidos, pero de importancia decisiva a la hora de enjuiciar la contribución española a la historia de la cultura de Occidente. Entre ellos destacan Gómez Pereira, Huarte de San Juan y el escéptico Francisco Sánchez, “esos tres pensadores misteriosos, coincidentes en su facultad médica y en su marginación de toda vida oficial de la época” (1), de cuyo estudio en profundidad depende, sin duda, como advierte el profesor Márquez Villanueva, una más recta comprensión de la historia del pensamiento español.

El objeto de estas páginas, precisamente, es rememorar a un inmediato continuador de las ideas naturalistas de Juan Huarte: el doctor Salcedo de Aguirre, doctor éste en teología, que no en la ciencia médica, autor de una “Letra para un estudiante” (2) que recoge fielmente las doctrinas pedagógicas contenidas en el *Examen de ingenios para las ciencias* del ilustre doctor navarro.

(1) Cfr. MÁRQUEZ VILLANUEVA, F.: “Sobre la occidentalidad cultural de España”, *Relecciones de literatura medieval*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1977, pág. 147.

(2) SALCEDO DE AGUIRRE, G.: “Letra para un estudiante”, *Pliego de cartas*, Montoya, Baeza, 1594. He utilizado el ejemplar existente en la Biblioteca Universitaria de Sevilla. Véase, más adelante, la transcripción de la “carta”. Aparece ésta modernizada en cuanto a separación de párrafos, puntuación y ortografía, respetándose siempre las características fonológicas del texto. A pie de página van los ladillos del original. Pongo entre [] las notas que apporto.

Muy escasos son los datos biográficos del doctor Salcedo. Por la licencia para la edición príncipe del *Pliego de cartas*, Real Cédula fechada en San Lorenzo a 28 de agosto de 1593, sabemos que el doctor Gaspar Salcedo de Aguirre era prior de la iglesia parroquial de la villa de Arjonilla. En la dedicatoria que dirige —en Arjonilla, a 2 de julio de 1592— a don Manuel de Benavides Bazán, dice ser capellán de este noble caballero “tan adornado de armas y armado con letras”. Según las noticias que nos proporciona Nicolás Antonio (3), fue doctor en teología, profesor de esta disciplina en Baeza, y prior de San Ildefonso, en Jaén. Publicó, además del referido *Pliego de cartas* (Baeza, 1594), una *Relación de algunas cosas insignes que tiene el Reino y Obispado de Jaén* (Baeza, 1614) y un tratado, en latín, de bíblica erudición: *Allusionum Novi Testamenti ad Vetus primum tomum* (Jaén, 1608).

Si hubiéramos de creer al autor del *Pliego de cartas*, estaríamos en presencia de uno de los más raros y curiosos (4) de cuantos libros se han escrito en lengua castellana. Dice así en el prólogo al lector: “Los argumentos de estas doce epístolas, o de la mayor parte de ellas, son raros y de pocos autores tratados; porque tengo por cosa vana, y modo de trasladar antes que componer, escribir lo escrito mudando solamente el estilo y orden.” Pero lo cierto es que la mayor parte no es más que un mero ejercicio de la dialéctica al uso, con cuestiones que van desde el origen de la nobleza hasta la utilidad del arte, pasando por el tópico de las armas y las letras.

En cualquier caso, del indudable interés del libro da fe la simple relación de su temario. Las dos primeras epístolas van dirigidas a un corregidor o juez superior, y a un regidor, con un largo discurso “sobre la nobleza, origen de ella y pleitos de hidalguía”. A continuación, aparecen sendas cartas para un labrador, un estudiante, un soldado, un esclavo y el amo de este esclavo. La epístola octava se

(3) ANTONIO, N.: *Bibliotheca hispana nova*, 2.^a ed. Ibarra, Madrid, 1783, pág. 532.

(4) Sin embargo, no aparece ni siquiera mencionado por Gallardo en el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Tampoco aparece en los copiosos índices onomásticos de la Edición Nacional de las obras de Menéndez Pelayo. Con todo, el *Pliego de cartas* hubo de ser un libro lo suficientemente importante como para figurar en las buenas bibliotecas, todavía a comienzos del siglo XVIII; cfr. SANZ, M. J., y DABRIO, M. T.: “Bibliotecas sevillanas del período barroco (datos para su estudio)”, *Archivo Hispalense*, núm. 184, Sevilla, 1977, pág. 138.

consagra a dos amigos y trata de "la necesidad y utilidad de la recreación". Las tres siguientes se dirigen, respectivamente, a una religiosa, a un sacerdote y a una monja. La duodécima y última de las misivas está dedicada a un predicador, con un "método de predicar" que constituye un no desdeñable tratado de Retórica.

De todas estas "cartas", la que presenta un mayor atractivo para el lector moderno es la "Letra para un estudiante", no sólo por la propiedad de su estilo, sino también por la defensa que implica de aquel principio de justicia distributiva, preconizado por Huarte, según el cual cada uno debería ocuparse solamente de las tareas para las que está realmente capacitado. Para ello, habría que partir de una elemental norma pedagógica que tiene sus raíces en la psicología diferencial: la selección previa, y la consiguiente orientación profesional, considerando oportunamente las características vocacionales, las aptitudes, los rasgos peculiares de la personalidad de los estudiantes.

Es por esto por lo que, en opinión del doctor Salcedo de Aguirre, "había de haber en todas las Universidades hombres eminentes, cuyo oficio fuera examinar ingenios, aplicando a cada uno a la facultad, arte o ciencia adonde su natural inclinación le guía"; algo muy similar a lo defendido por el doctor Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios*, publicado por vez primera en 1575, cuando decía que "había de haber diputados en la república, hombres de gran prudencia y saber, que en la tierna edad descubriesen a cada uno su ingenio, haciéndole estudiar por fuerza la ciencia que le convenía, y no dejarlo a su elección" (5). Y sigue diciendo el doctor Salcedo: "Y al rudo o inhábil, enviarlo a la guerra, o a arar y cavar, o guardar ganado, pues nació para eso. Porque si le dejan envejecer en las escuelas, después de veinte años de gasto y pérdida de tiempo, saldrá tan insigne letrado como la señora su madre".

Tres son los requisitos para el correcto dominio de una profesión: la predisposición natural (*natura*), el aprendizaje de la disciplina (*ars*) y la práctica de la misma (*usus*). He aquí los preceptos de la tradición clásica, una "sentencia muy común y usada de los filósofos antiguos", según nos la transmite Juan Huarte: "Naturaleza es la que hace al hombre hábil para aprender, y el arte con sus preceptos y reglas le facilita, y el uso y experiencia que tiene de las

(5) HUARTE DE SAN JUAN, J.: *Examen de ingenios para las ciencias*, Ed. E. Torre, Editora Nacional, Madrid, 1976, pág. 61.

cosas particulares le hace poderoso para obrar” (*natura facit habilem, ars vero facilem, ususque potentem*)(6). En términos análogos se expresa Gaspar Salcedo: “Los varones doctos nos enseñan que, para alcanzar y aprender un arte o ciencia, se requieren tres cosas: naturaleza, ejercicio e imitación”.

Pero el requisito básico, esencial, sin el cual no servirían de nada los restantes, es la “naturaleza”. Por tal entiende Salcedo “el ingenio humano, aplicado o inclinado a una arte”. Pues ocurre que “como las yerbas que nacen en la tierra espontáneamente, y de su natural, crecen más y más presto fructifican, con más abundancia que las otras que son trasplantadas, así el ingenio humano más temprano y con mayor pujanza aprende la ciencia o arte a que naturalmente es inclinado”. De ahí que cada estudiante deba dedicarse sólo a aquella “ciencia o arte” para la que tiene natural capacidad e inclinación. “Lo demás es ir remando a fuerza de brazos, haciendo violencia a la naturaleza”. Ya lo había visto así el doctor Huarte: “Donde no hay naturaleza que disponga al hombre a saber, por demás es trabajar en las reglas del arte” (7).

Tanto Huarte como Salcedo ponen, una y otra vez, especial empeño en eliminar de las Universidades a los individuos negados para los estudios. No le pasó desapercibida al médico de Baeza la injusta situación de “los que por tener corta fortuna están en viles artes arrinconados, cuyos ingenios crio naturaleza sólo para letras”; a éstos habría que restituirlos a las Universidades, echando al campo a los “estólidos e imposibilitados para saber” (8). Es más, el aprendizaje de las artes y las ciencias es perjudicial para los que no tienen el ingenio apropiado: “Que el arte y letras sean grillos y cadenas para atar los necios, y no para facilitarlos, es cosa muy manifiesta en los que estudian en las Universidades, entre los cuales hallaremos algunos que el primer año saben más que el segundo, y el segundo más que el tercero; de los cuales, se suele decir que el primer año son doctores, y el segundo licenciados, y el tercero bachilleres, y el cuarto no saben nada” (9). Pues bien, en esta misma línea se sitúa el prior de Arjonilla cuando escribe: “Piensa el pobre padre que tiene allá en la Universidad algún bachiller o insig-

(6) *Ibidem*, pág. 80.

(7) *Ibidem*, pág. 62.

(8) *Ibidem*, pág. 73.

(9) *Ibidem*, pág. 436.

ne letrado, con deseo y esperanzas de verle otro día Canónigo, Inquisidor, Oidor o Obispo. Y de esto blasona en la plaza y en la Iglesia de su lugar, en la siega y en la arada, desentrañándose y sudando para enviarle sustento y regalos, comiendo él y toda su familia un ajo bravo y migas en vinagre. Y al cabo de la jornada, halla un buey hermoso, y no para la yunta; ni aun gañán para la manquera, porque está gordo y holgado, con manos blandas”.

A Gaspar Salcedo hay algo que le preocupa sobremanera: la venalidad de los grados, es decir, de los títulos universitarios. “Porque, en muchas Universidades, el que tiene cursos mal andados, aunque pobre en letras, siendo rico en la bolsa, y haciendo gastos excesivos, compra el grado que desea... Y aun se suele comprar suplemento de cursos, según anda todo venal y simoníaco. De donde procede que no es conocido fácilmente el famoso letrado, ni se diferencia el idiota graduado, sino con largo discurso de tiempo. Y se da, injustamente, el premio a quien no lo ha merecido”.

En definitiva, la tarea del examinador o “maestro de ingenios” tendría como objetivo principal el dejar “escardadas” las Escuelas de “haraganes e inhábiles”, para que de ese modo “florezcan las ciencias y se diera a cada uno el premio que merece”. A cada uno, según sus necesidades, capacidades y merecimientos. Pero no es fácil esta tarea, “según anda todo venal y simoníaco”. Por eso, “este varón, cuyo oficio es o ha de ser el examen de los ingenios, debía ser muy hábil, eminente y ejercitado, de rara vigilancia y fidelidad”.

El “maestro de ingenios” debería tener un perfecto conocimiento de “la variedad de talentos que suele haber”. Porque en la inteligencia humana existen diferencias cuantitativas y cualitativas. Todo depende de la constitución natural del individuo, es decir, todo está en función de su organización corporal, y más en concreto, de la “compleción” del cerebro.

Así, dentro de la más pura ortodoxia huartina, escribe el doctor Salcedo que la inteligencia se manifiesta en los hombres “según la disposición de los órganos corporales, por ministerio de los cuales obra el ánima racional mientras está en cuerpo mortal”. Y en otro lugar, siguiendo claramente al doctor Huarte, mantiene que la memoria y el entendimiento son potencias contrarias: “la memoria y entendimiento en el hombre suelen ser como unas botijuelas de reloj de arena, que nunca acontece estar ambas llenas, sino cuanto la una tiene más de arena, la otra tiene menos”. Y añade: “Porque,

según dicen los médicos, consisten en diferentes contemperamentos y complexiones de sequedad y humedad del cerebro”.

No olvida Gaspar Salcedo el enorme valor del aprendizaje, que él llama imitación, y del ejercicio: “el entendimiento, aunque sea rudo, con el mucho ejercicio se habilita y aviva en cualquiera arte que pretenda alcanzar; así como un hierro se acicala tratándose, y un cuchillo se aguza en la piedra amoladera”. Y, por supuesto, el papel del maestro es insustituible, a fin de comunicar a los estudiantes la “sabiduría”, el “estilo” y el “donaire”: “lo cual no se aprende en libros, que son maestros mudos, y doctores muertos; pero apréndese de los maestros vivos, con la viva voz”.

Una curiosa tipología de los “ingenios”, atinadas observaciones, nobles deseos, arropado todo en la más limpia prosa de la etapa renacentista de nuestros Siglos de Oro, justifican cumplidamente el recuerdo de esta “Letra para un estudiante” que, formando parte de un donoso *Pliogo de cartas*, se imprimió en 1594 por Juan Bautista de Montoya, en Baeza; en el mismo lugar, en el mismo año, por el mismo impresor que la edición reformada del *Examen de ingenios para las ciencias*.

Esteban TORRE SERRANO

LETRA PARA UN ESTUDIANTE,

en que se declaran tres requisitos para aprender cualquiera arte o ciencia. Se le advierte de las cosas que pueden impedir su intento. Y se trata de los grados, e insignias de ellos.

Hallo yo en la humana república dos entretenimientos muy semejantes, que frisan mucho entre sí. Conviene a saber: la milicia y el estudio de las letras. El estudiar, ¿qué otra cosa es, sino una perpetua contienda entre estudiantes? Altercándose uno con otro, para sacar la verdad en limpio; la cual averiguada, alcanza victoria el uno del otro.

En significación de esto, los gentiles pintaban a Palas —que dicían ser diosa de la ciencia— armada (1), porque la ciencia no se adquiere sin contienda de argumentos. Y los caldeos deseaban que, en el nacimiento de los que habían de aprender Filosofía, se juntasen Marte con Mercurio, atribuyendo a Marte las armas, y a Mercurio las letras, porque con la controversia de la disputa saliese a luz la verdad.

De manera que los antiguos nos dieron a entender la conformidad de estos dos modos de vivir. Y la experiencia lo enseña, pues vemos que unos y otros peregrinan, padecen necesidad, velan, madrugan, sufriendo graves trabajos (2). Pero, en premio de ellos, suelen —así por letras como por armas— conseguir oficios calificados, honra y hacienda para sí y para sus sucesores y deudos. ¿Quién suele andar al lado del rey? ¿Quién son de su Consejo, sino los valerosos capitanes y los insignes letrados, aunque sean de humilde generación?

De esta semejanza nació una muy reñida contienda entre los antiguos sabios: ¿A quién se debe el primero lugar y nombre? ¿A las letras, o a las armas? (3).

(1) Pico Mirándula.

(2) De aquí procedió llamar bienes *quasi* castrenses los que se ganan en estudios.

(3) [Diversos argumentos *pro litteris contra arma* y *pro armis contra litteras* son recogidos por BRAVO, B.: *De arte oratoria*, Jacobo de Canto, Medina del Campo, 1596, fols. 150v-166. Sobre el tópico de "armas y letras", cfr. TORRE, E.: *Ideas lingüísticas y literarias del doctor Huarte de San Juan*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1977, págs. 119-123.]

Algunos fueron de parecer se debía a las armas. Porque los sabios entonces gozan de quietud, y de sus letras, pudiéndolas aprender, enseñar y ejercitar, cuando la república está sosegada y pacífica. Y la paz no se adquiere ni conserva sin armas. Pues la guerra refrena a los revoltosos, dejando vivir a cada uno seguramente en su casa. Y en la tutela de la disciplina militar descansan todas las artes.

Otros atribuyen el primero lugar a las letras. Porque donde no hay letras y consejo, pocas veces hay orden. Pues el consejo y prudencia no se halla siempre entre los fuertes y gente de armas, pues las fuerzas son comunes a los hombres y a los brutos; pero hállase en los hombres sabios y dados a letras. De aquí tuvo origen aquella avisada ficción, que Marte —a quien los gentiles celebraban por dios de las batallas— había nacido de la cabeza de Júpiter, dando a entender que la guerra entonces tendría buenos sucesos, cuando fuese comenzada, proseguida y tratada con prudencia, consejo y parecer de hombres sabios.

Estas dos opiniones, aunque parecen diferentes, se pueden conciliar con una distinción, aprovechándonos de la Dialéctica, que nos enseña a hablar y declarar las cosas dudosas, distinguiéndolas. Hablando, pues, absolutamente, sin dificultad alguna consta que las letras deben ser preferidas a las armas, porque son dotes del ánimo racional y ornato suyo espiritual; avivan el uso de la razón, gobiernan al hombre en la paz y en la guerra. Pero, accidentalmente, son las armas antepuestas, por ser necesarias para el tiempo de la guerra y para sosegar los tumultos de los hombres inquietos y revoltosos. De la manera que abrir una ventana es causa de alumbrar un aposento, porque si no se abre queda entenebrecido; pero quien se dice propiamente esclarecer el aposento, no el que abre la ventana, sino la luz del sol, que es la causa propia de la claridad, aunque tuvo necesidad de camino por donde comunicarse. Y si el hombre permaneciera en el felice estado de la inocencia, no fueran necesarias las armas, por la muy sosegada paz de que gozaran los hombres en aquel estado, pero hubiera letras y magisterio con que los hombres fueran perfeccionando su entendimiento, y aprendiendo, aunque no con tanta dificultad como ahora, sino con mucha suavidad.

Los varones doctos nos enseñan que, para alcanzar y aprender un arte o ciencia, se requieren tres cosas: naturaleza, ejercicio e imitación. Pongo por ejemplo: El pintor, para aprender el arte de pintar, que le enseña aparejar sus colores, y guardar la proporción para asentarlas, figurando sus imágenes, ha menester buen natural. También tiene necesidad de ejercitarse, porque si no pinta frecuentemente, nunca será pintor. Así mismo deben tener muestras y estampas de imágenes perfectamente pintadas, en las cuales están aquellas reglas ejercitadas y guardadas con mucho primor;

(4) S. Thom., I, q. 101, arts. 1-2.

de ellas va sacando otros trasuntos o, a lo menos, en su imaginativa, fabrica una idea y traza perfecta de la figura que pretende pintar. De la misma forma, para aprender cualquiera de las artes liberales, Filosofía, Matemáticas o la sagrada Teología, a la cual vos aspiráis, son necesarios estos tres requisitos.

El primero es naturaleza. No digo la naturaleza humana, pues ésta se halla en cualquiera hombre; el cual es capaz de todas las artes o ciencias, con mucho o poco trabajo. Pues por naturaleza entiendo el ingenio humano, aplicado e inclinado a una arte. Claro está que, en la variedad de los hombres, suele haber ingenios idóneos, y aplicados unos a la Retórica, otros a las Metafísicas, otros a la Astrología, otros a la sagrada Teología, otros a la Medicina, y otros a la pericia de los derechos.

El divino e infinito entendimiento, así práctica como especulativamente, lo penetra todo, obrando perfectísimamente; porque en él eminentemente están las perfecciones de todos los ingenios criados. Pero esta perfección divina, infinita, se participa tasadamente de los entendimientos criados, así angélicos como humanos. En los angélicos, según la perfección de su especie y naturaleza, que recibieron en su creación (5). Y en los humanos, según la disposición de los órganos corporales, por ministerio de los cuales obra el ánima racional mientras está en cuerpo mortal. De manera que, cuanto el cuerpo es más bien dispuesto y complexionado, el ánima tiene más viveza para entender, según enseña el príncipe de los filósofos, Aristóteles, diciendo: los hombres de carnes más blandas y delicadas son más aptos para las ciencias (6).

Procede también esta variedad de parte de los sentidos interiores, de que el ánima se sirve para entender; como los que tienen mejor cogitativa e imaginativa, tienen por consiguiente mejor entendimiento. Como, en un fresco jardín, para que con su hermosura y fragancia cause mayor contento a la vista y al olfato, hay diferencias de flores, rosas, claveles, azucenas, ramilletes e yerbas de diferentes colores, olores y formas, así en este mundo corporal y política república ordenó la divina providencia hobiése diferencias de ingenios, aplicados a diferentes artes necesarias para la vida humana. ¿Por ventura —dice San Pablo (7)— han de ser todos Apóstoles? ¿Han de ser todos Profetas? ¿Han de ser todos Doctores? ¿Han de tener todos don de curar, o de lenguas? Antes como en el cuerpo humano hay diferentes miembros, unos más nobles que otros, así en la Iglesia Cristiana conviene haya diferentes dones y talentos. De aquí es que, como las yerbas que nacen en la tierra espontáneamente, y de su natural, crecen más y más presto fructifican, con más abundancia que las otras que son

(5) S. Thom., I, q. 85, art. 7.

(6) Arist., II *De anima*, et lib. *De physiognomia*.

(7) *I Chor.*, 12.

trasplantadas, así el ingenio humano más temprano y con mayor pujanza aprende la ciencia o arte a que naturalmente es inclinado.

Esta verdad nos enseña el santo Evangelio (8), en aquella parábola de los talentos, donde dice que aquel hombre principal repartió los talentos a sus criados, a cada uno según su propia virtud. Cuando Dios escoge hombres para oficios y ministerios de su santa Iglesia, escoge aquellos en quien concurren partes para ellos, y encarga a cada cual más o menos talentos según sus fuerzas y valor. Y este valor también es don del Cielo, ora natural, ora sea gratuito.

He oído decir que, en Flandes o Venecia, cuando un padre o tutor se determina de dar oficio a un muchacho, le pasea y lleva dos o tres veces por las calles o plazas donde residen los oficiales de varios oficios, de suerte que el muchacho vaya advirtiendo a cada arte o oficio. Y al que más se inclina y apetece, en él le ocupa. Y por esta causa salen tan primos oficiales en todas artes.

A imitación de esto, había de haber en todas las Universidades hombres eminentes, cuyo oficio fuera examinar ingenios (9), aplicando a cada uno a la facultad, arte o ciencia adonde su natural inclinación le guía. Y al rudo o inhábil, enviarlo a la guerra, o a arar y cavar, o guardar ganado, pues nació para eso. Porque si le dejan envejecer en las escuelas, después de veinte años de gasto y pérdida de tiempo, saldrá tan insigne letrado como la señora su madre.

Este varón, cuyo oficio es o ha de ser el examen de los ingenios, debía ser muy hábil, eminente y ejercitado, de rara vigilancia y fidelidad. El cual, luego que los estudiantes hubieran aprendido la Gramática y Lengua latina, habiendo escudriñado y tanteado los ingenios, había de enviar a cada uno a la facultad para que es más idóneo: uno a las artes liberales, otro al estudio de cánones o leyes. Y otras veces, había de trasegarles, sacando unos de la Sacra Teología para la Medicina o cánones, y al contrario. Y a las veces, enviarles a servir al Rey en la guerra. De esta suerte, fueran los estudiantes eminentes. Y, aunque hobiera pocos, éstos valieran más que muchos. Y quedando las Escuelas escardadas de haraganes e inhábiles, florecieran las ciencias y se diera a cada uno el premio que merece.

Esto más se puede desear que esperar. Para este fin, principalmente, se habían de proveer reformadores en las Universidades. Y, remediada esta fuente, cada cual prosiguiera su estudio con cudicia, llevado y compelido de su natural inclinación, como si fuera agua abajo. Lo demás es ir remando a fuerza de brazos, haciendo violencia a la naturaleza.

No ignoro que hay ingenios tardíos y escondidos, que no se manifies-

(8) Math., 25.

(9) Examen de ingenios. [No aparece en los ladillos el nombre de Huarte, ni cita alguna de lugar.]

tan presto. Aunque siempre dan alguna muestra de sí al que tiene ojos claros y como de lince. Como la piedra preciosa escondida en su gabarro no es conocida de todos; pero el experimentado lapidario, vista la veta y el gabarro, luego entiende el valor de la piedra que allí está escondida. Y para no salir de la materia de estudiantes, algunos graves y antiguos colegiales tienen por punto de honor traer el manto y la beca muy gastados y casi rotos, como significadores de su antigüedad, a manera de banderas rotas.

El estudiante novato, viendo el hábito tan estragado, le juzga por pobre; pero el que conoce y sabe el uso y costumbre, respeta aquellos hilos descubiertos y roturas del manto, esperando que muy brevemente aquel colegial será promovido a una plaza de Inquisidor, Oidor o Obispo. Así es necesaria gran discreción, larga experiencia, rara habilidad, para conocer los ingenios escondidos y disimulados. Que suelen ser algunos de ellos como manzanas, al principio crudas y ásperas; pero vanse madurando hasta tener mucha suavidad y dulzor.

En la primitiva Iglesia (10), proveyó el Espíritu Santo a los fieles de muchos dones, que son llamados gracias, *gratis datas*, para la fundación y propagación de la fe, para el buen gobierno de la Iglesia y conservación de buenas costumbres. Una de ellas era discreción de espíritus, esto es, un don de conocer cuál de los fieles sea espiritual, cuál carezca de espíritu, cuál profeta, cuál engañador; con qué espíritu habla cada uno, con espíritu de caridad o de envidia. Pues el divino Rector y maestro celestial proveyó en su Iglesia ministros que conocieran los espíritus, bien se deja entender cómo proporcionalmente es necesario haya en las escuelas de letras una persona que examine ingenios y discerna los talentos naturales para aprender, con que las ciencias naturales y sobrenaturales vayan cada día en mucho aumento y conservación.

Este maestro de ingenios debía estar siempre muy advertido de la variedad de talentos que suele haber. Unos son generales para cualquiera ocasión, y en cualquiera materia son tan puntuales como si aquella sola hubiesen aprendido. A manera de una medida o celemin con el cual se mide trigo, cebada, garbanzo, haba y otras muchas semillas, así aplicándose a diferentes artes o ciencias, en todas están muy bien. Como se lee de un filósofo de raro ingenio, llamado Hypias Eleo, el cual se gloriaba de saber todas las artes liberales y mecánicas, de tal suerte que decía: El anillo que traigo en el dedo, yo le labré; la capa con que me cubro, yo la corté; los zapatos que me calzo, son obra de mis manos. Sabía por Astrología los movimientos de los cielos y planetas; por Filosofía natural, las propiedades de los animales, plantas y piedras. Sabía curar cualquiera enfermedad, y finalmente era como un rico depósito de todas las ciencias y artes. Pero hombres semejantes, se hallan muy raras veces. Conocí yo un mancebo bien nacido y muy buen latino, muy elocuente, señalado poeta en lengua

(10) *I Chor.*, 12.

latina y castellana, grande astrólogo, lindo músico, extremado teólogo, y daba muestras de haber de ser insigne predicador.

Otros entendimientos hay muy delicados y levantados, aplicados solamente a una arte o ciencia; que, siendo para ella insignes en grado superlativo, no se inclinan a otra, ni son de fruto alguno para cosas agibles, antes muy torpes; en tanto extremo que, sacados de los quicios de su entretenimiento, son del todo inútiles. Tan diferentes de Hypias que, no sólo no saben coser zapatos ni cortar la capa, pero no saben calzarse bien un zapato. Ni jamás se cobijan igualmente el manteo, ni en su aposento hay cosa alguna concertada. Estos me parecen semejantes a algunos montes de España, que producen oro; de los cuales dice Plinio (11) son secos y estériles, en que no se crían plantas ni yerbas algunas, empleando toda su fertilidad en el oro, cosa tan preciosa. Lo mismo refiere Ioseph de Acosta (12), padre de la Compañía de Jesús, varón de rara erudición, que acaece en los montes del Pirú, que crían oro, como la sierra de Potosí. De esta misma forma, hay algunos ingenios peregrinos y singulares, que suelen ser tan eminentes en alguna ciencia o arte que, ocupados del todo en ella, no producen otra cosa, contentos con aquel oro de tan subidos quilates, en que emplean toda su fertilidad, olvidados de la hacienda, bazaría, comida y policía humana. Esto suele por la mayor parte acontecer en artes que requieren mucha imaginación, como pintura, arquitectura y otras semejantes, y aun en la Astrología y Medicina. Estos suelen andar como trasportados y enajenados de los sentidos con la vehemencia de la imaginativa.

Hay ingenios de cuello de redoma, semejantes a los vasos de boca angosta, en los cuales si echáis agua de golpe, ninguna entra; pero, destilándola, reciben mucha cantidad. Hay hombres que, su poco a poco, y a su paso de buey (13), van aprendiendo verdades, que si se les propusieran juntas, se quedarán ayunos de todas, y suelen adquirir tanto caudal que son un pozo de ciencia. Hay otros tan prestos y veloces casi como unos ángeles, que con un velocísimo discurso, con un breve mirado, alcanzan cualquiera punto por arduo y ascondido que sea. Por una palabra, alcanzan un razonamiento entero. Por una seña, entienden los pensamientos. Los cuales, si según su viveza se aplicaran al trabajo perseverando en él, fueran monstruos en sabiduría.

Hay ingenios argentados y claros, que de la manera que entrando la luz del sol en algún aposento, le ilustra, así a cualquiera conclusión y

(11) Plin., lib. 33, cap. 4.

(12) Lib. *De historia naturale Indiarum*.

(13) ["Caminar al passo del buei es ir procediendo en las cosas cuerdamente, sin apresurarse, con maduro consejo": COVARRUBIAS, S. de: *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, ed. Martín de Riquer, Horta, Barcelona, 1943, pág. 241, a, 45.]

razón que proponen, le dan tanta claridad que fácilmente se deja entender. Y, como un dado por cualquiera parte que caiga asienta bien, así cualquiera razonamiento suyo cuadra al entendimiento; porque le van sacando de sus principios y fundamentos, y le van haciendo la cama, según dicen; de suerte que a todos aplace, como el día sereno y sosegado, ajeno de todo nublado y de viento demasiado, y como la clara agua que corre de una caudalosa fuente. Otros ingenios hay oscuros y confusos, como el camello, que enturbia el agua antes que la beba; no sabe beberla clara. Estos son los que no saben decir punto alguno con claridad. Todo lo confunden y enturbian. Son contenciosos, enredados; de quien dijo Platón (14) que todo lo mezclan y revuelven con sus cuestiones. A éstos llaman sofistas. El cual nombre, aunque en tiempos antiguos era tenido por honrado, significando lo mismo que sabio, pero, porque algunos dieron en confundir cosas, preciándose de dialécticos, quedó el nombre infamado. Estos eran hombres que en todo ponían duda. Ninguna cosa tenían por cierta. Mientras disputaban, obscurecían más la verdad; porque, de propósito, estudiaban de turbarla. Lo cual nace de una diabólica ambición, por la cual son inclinados a obscurecer y revolver pleitos; y como otros algunos, que, debiendo aprender con sujeción de sus maestros, mueven unas dudas peregrinas, buscan invenciones para hacer alarde de su ingenio, y antes descubren cuán poco tienen, porque la mejor condición del que aprende es tener tanto crédito de su maestro que crea todo cuanto le propusiera, esperando entenderlo adelante, si de presente no lo alcanzare. Este era el intento de aquel nombrado filósofo Pitágoras, enseñando a sus discípulos a guardar silencio los cuatro o cinco años primeros del estudio, para que tuviesen crédito de su doctrina, y para que no se divirtiesen con impertinentes disputas, obscureciendo la verdad. Siendo, pues, tan viciosos los ingenios confusos, oscuros, o que de industria afectan la obscuridad, debían ser desterrados de las escuelas y congregaciones, para que no inficionen a los claros y distintos, y para evitar disputas sin provecho y ocasionadas a descomponerse hombres que deben componer a otros.

Hay ingenios eslabonados a maravilla, que cualquiera práctica, razonamiento, lección o sermón enlazan y trazan de tal suerte, que lleva suspensos a los oyentes y se les queda muy fijo en la memoria por el artificio con que va ordenado. Otros son como arena sin cal, o como madeja sin cuenda (15), que no saben asir una razón de otra; tan sueltos, que no dice cosa con cosa, antes es una muchedumbre sin orden. Y, aunque digan

(14) Plat., in *Phaedone*.

(15) [“*Cuenda*. Cierta cordoncillo de hilos que recoge y divide la madeja para que no se enmarañe y confunda... Al que es poco recogido y desaliñado, le llaman desmadejado y madeja sin cuenda”: COVARRUBIAS, S. de: *ob. cit.*, pág. 378, a, 11.]

cosas muy levantadas, pierden algunos quilates, por ir tan sin traza; como una olla podrida de labradores, llena de diferentes manjares; los cuales si un hombre diestro tomara entre manos, ordenara una comida abastada, regalada y muy concertada. Confieso de mí que no me ha puesto más admiración la rara, copiosa y tan fundada erudición de nuestro Angélico Doctor Santo Tomás, que el orden tan concertado que guardó en todas tres partes de la Suma de Teología, adonde en tanto número de cuestiones, artículos y argumentos, nadie con razón puede decir: esta cuestión o artículo estuviera más bien en otra parte, o este argumento debía ser propuesto en primero lugar. Tiene un provecho no pequeño hablar ordenadamente; que las cosas dichas con orden, aunque sean muchas, se imprimen fácilmente en la memoria; porque, como dice Aristóteles, *sunt bene phantasiabilia* (16): quedan en la fantasía formadas trazas de ellas, con que se refuerza la memoria.

Hay hombres a quien naturaleza enriqueció de memoria de tal suerte que parecen monstruos, y lo que oyen o leen, se les fija de tal manera en la memoria que parece se les escribe, según lo relatan, fácilmente. Estos, según dice Aristóteles, son ordinariamente rudos de entendimiento y cortos de ingenio. Otros hay muy hábiles, pero faltos de memoria; los cuales, si algo saben, es por puro discurso y noticia de principios, y suelen ser muy fundados en lo que saben. Otros son señalados en ambas potencias, con tanta pujanza de ingenio y memoria, que no se puede discernir en cuál se aventajan más, siendo en ambas partes muy eminentes. Lo cual sucede raras veces, porque la memoria y entendimiento en el hombre suelen ser como unas botijuelas de reloj de arena, que nunca acontece estar ambas llenas, sino cuanto la una tiene más de arena, la otra tiene menos; y si están iguales, es en medianía, sin exceso alguno. Porque, según dicen los médicos, consisten en diferentes contemperamentos y complexiones de sequedad y humedad del cerebro.

Hay también diferencia en la misma memoria, que en algunos es fácil la aprehensiva, y fácil el olvidar; así como lo que se escribe en cera, con la misma facilidad que se escribe, se borra. Otros aprehenden con dificultad, y retienen firmemente; como el escribir en diamante es muy dificultoso, y no menos el borrarlo. La memoria aventajada es muy útil para aprender lenguas. De Mitrídates rey, se lee que sabía veinte y dos lenguas de otras tantas naciones a quien imperaba, y que oía a los oradores y embajadores de todas ellas, y les respondía sin haber necesidad de intérprete alguno. Y de Ciro, rey de los persas, se dice que, teniendo en su ejército grande infinidad de soldados, a todos conocía y llamaba por su nombre y sobrenombres.

De esta variedad de ingenios que hemos descubierto, se colige que no pueden ser todos iguales, ni se han de buscar siempre entendimientos tan

(16) Arist., lib. *De memoria et reminiscentia*.

acendrados y delicados, que sean como alesnas (17), y que puedan barrenar un grano de trigo. Ha de haber de todo en grado diferente, más o menos dentro de la latitud de la habilidad necesaria, para aprender una arte o ciencia. Como en los humanos contratos no basta haber moneda de oro y plata, también es necesario la moneda de vellón que llaman, o menudos, para comprar y vender; así ha de haber, con los entendimientos muy aventajados, otros no tales en la frecuencia de las Universidades. En los menos hábiles, suple mucho el trabajo y ejercicio, con que se suelen disimular las faltas de naturaleza. Pero es gran dolor ver las Universidades y aulas, pobladas de muchos hombres inhábiles, gastando tiempo y hacienda, y al cabo salen más necios que entraron. Por los cuales, suelen otros perder su reputación cerca del vulgo, el cual juzga a los cuidadosos y hábiles estudiantes por los ignorantes y haraganes que ve. Hay metales, según dice Aristóteles (18), que no se pueden mezclar entre sí. De esa manera, hay ingenios que no son para en uno con las ciencias, por su rudeza y haraganía, tan incapaces de ellas como unos trozos de encina o de roble; los cuales con mucha infamia debían ser excluidos de las escuelas, para que a ellos fuera castigo, y a otros escarmiento.

Piensa el pobre padre que tiene allá en la Universidad algún bachiller o insigne letrado, con deseo y esperanzas de verle otro día Canónigo, Inquisidor, Oidor o Obispo. Y de esto blasona en la plaza y en la Iglesia de su lugar, en la siega y en la arada, desentrañándose y sudando para enviarle sustento y regalos, comiendo él y toda su familia un ajo bravo y migas en vinagre. Y al cabo de la jornada, halla un buey hermoso, y no para la yunta; ni aun gañán para la mancera, porque está gordo y holgado, con manos blandas. Y como ya es grande, no se deja domar. Y el pobre labrador le ha comprado a peso de oro y de su afán con doce o quince años de continuo tributo, y al cabo le salen en blanco sus esperanzas.

Ofréceseme a la memoria uno que, después de largos años de estudio, llegándose a un banco de un herrador vido una galana y fornida herradura, y por gran hipérbole dijo: ¡qué hermosa herradura, al mismo Rey se le puede poner en el pie! ¡Qué gentil asno! De estos cuentos, podía referir algunos; pero remítome a la experiencia, que os enseñará muchos. Aunque ya pocos pecan de ignorancia, y muy muchos de malicia. No ignoro que hay hombres, inhábiles para las cosas agibles, que son muy idóneos para las letras; pero también entiendo que hay en las Universidades muchos mancebos a quien fuera muy buen partido ser gañanes, o soldados, y

(17). [“Alesna. La aguja con que el çapatero passa la suela del çapato y el cuero antes de los cabos de cáñamo encerotados con que cose... Al que es muy vivo y presto dezimos que es agudo como una alesna”: COVARRUBIAS, S. de: *ob. cit.*, pág. 81, b, 29.]

(18) Arist., lib. I *De generatione*, cap. 10.

aun les vendría ancho ser mochileros, pues no tienen habilidad para otra cosa.

A este requisito del buen natural se reducen los menesteres naturales para el estudio, como son alimentos, vestidos, libros y una mediana pasada, sin los cuales muy incómodamente saldrá uno perfecto estudiante. No soy de parecer que el estudiante deba ser rico en abundancia, porque la experiencia nos enseña cómo a éstos se les dan mal las letras, y ellos más mal a ellas, por su vicio y por no aplicarse a trabajar, sabiendo que tienen alguna renta, o un día y vito (19) con que pasar la vida. Aunque también sabemos de algunos hombres ricos, y gruesos mayoradgos, haberse dado a las letras con tantas veras como si fueran tan pobres como jornaleros. Otros han renunciado haciendas, rentas y mayoradgos, por emplearse de lleno en el estudio de las letras; pero esto es tan raro como la golondrina en el invierno. Pues, el estudiante ha menester una mediana pasada y sustento conveniente, para que la demasiada pobreza no le distraiga y ocupe en ejercicios ajenos del estudio.

De aquí procedió aquel galano emblema de Alciato, en que pinta a un estudiante con este disfraz: Un mancebo con la mano siniestra levantada, y dos alas en ella; y en la diestra una pesada piedra que le aploma (20), con un letrero de esta forma: con el ingenio podía volar por esos altos aires, si no me agravara la pobreza. La pobreza ciertamente es piedra pesada, y aunque algunos han salido letrados estudiando con lacería (21), sirviendo a otros, y acudiendo a las porterías de los conventos por un mendrugo de pan y una escudilla de brodio (22); pero no se puede negar que los retarda

(19) ["Día y vito, significa passar los días con el sustento parco y moderado, que les responde en latín *in diem vivere*, quando uno gana su jornal y esse se come sin poderle sobrar nada para mañana. Está corrompido este término de *diei victus*": COVARRUBIAS, S. de: *ob. cit.*, pág. 467, a, 49.]

(20) [*Dextera tenet lapidem, manus altera sustinet alas*... Cfr. ALCIATO: *Emblemas*, Editora Nacional, Madrid, 1975, pág. 337. La traducción española, en verso, por Bernardino Daza Pinciano (1549), en pág. 67. El Brocense, en sus comentarios a los Emblemas, apunta en el CXX: "*Idem dixit Invenalis, Saty. 3: Haud facile emergunt, quorum virtutibus obstat / Res angusta domi*"; cfr. SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, F.: *Comment. in And. Alciati emblemata*, Gulielmus Rovillius, Lyon, 1573, pág. 358; un anónimo lector anotó, al margen, en el ejemplar de la Biblioteca Universitaria de Sevilla: "*Pauper sed ingeniosus*", algo así como el "pobre pero honrado" de nuestra más reciente sabiduría popular.]

(21) ["*Lacería*. Vale tanto como miseria, mezquindad, desarrapamiento, pobreza exterior, trabajo, necesidad. Díxose de *lacer, laceri et lacerus, lacera, lacerrum*, por la cosa despedaçada, handrajosa y maltratada... Algunos quieren se aya dicho de Lázaro, mendigo": COVARRUBIAS, S. de: *ob. cit.*, pág. 747, a, 9.]

(22) ["*Brodio*. El caldo con berças y mendrugos que se da a la portería de los monesterios de los relieves de las mesas... Puede traer origen de la palabra alemana *brot*, que vale pan, por los mendrugos que echan en el caldo": COVARRUBIAS, S. de: *ob. cit.*, pág. 237, a, 43.]

e impide mucho. Pues el carecer de libros ya se deja entender que es falta muy sustancial para saber. De aquí tuvieron origen los colegios en las universidades; los cuales, como los hospitales fueron fundados para curar enfermos, así ellos fueron erigidos para sustentar estudiantes pobres y hábiles, dándoles la mano, y proveyéndoles de sustento y parte del vestido para que desocupadamente estudien. Y suele haber en ellos librerías de comunidad, para suplir la falta de libros. De donde en algunos de ellos hay establecidos estatutos, que ninguna persona rica o de gruesa prebenda sea admitida; y si estando recibido algún hombre semejante, o habiendo gozado algunos años de los alimentos del colegio, heredare alguna suma de hacienda, o impetrare alguna prebenda pingüe, la debe renunciar, o salir del colegio; por que aquellos bienes se empleen siempre en sustento de pobres.

Y, realmente, los estudiantes casi siempre son pobres; de donde procedió el proverbio: *Si Papa studeret, Papa egeret*. Porque como están ausentes de su casa y patria, por muy bien proveídos que sean de sus padres, y regalados de la señora madre, ya les falta el zapato, ya se les rompe la calza, ya han menester comprar el libro necesario, ya comprar el sombrero al uso, ya se les acaba el dinero antes que venga el recuero; ya sisa el mozo, ya hurta el ama parte de la comida; ya la lavandera hace perdediza una camisa o sábana; ya el otro amigo pide prestado; ya el compañero hace salto en los regalos del arca.

De suerte que, aunque no jueguen y vivan muy recatados, siempre están alcanzados, sin sobra de dineros. Comen ordinariamente con poco regalo. No quiero decir tampoco que el estudiante ha de ser regalado, porque, según dice San Hierónimo, *Venter pinguis non gignit mentem tenuem*: El vientre lleno y gordo no puede engendrar entendimiento delgado y vivo. Y aunque en cualquiera materia la autoridad de este eruditísimo Santo valga mucho, pero en ésta es de mucho momento por haber él sido tan estudiante.

Los discípulos del profeta Eliseo —que son llamados en las divinas letras hijos de los profetas (23), como se llaman ahora hijos de Santo Domingo, o de San Francisco, los que siguen su instituto— estaban apartados en casas de campo, como en colegio. Comían yerbas, criándose y estudiando con mucha abstinencia, para la viveza del entendimiento, y para domar la lozanía de la carne, y para que después —siendo maestros y predicadores— enseñasen con ejemplo y palabra, vida religiosa y abstinentes. Acaeció un día, en tiempo de hambre, que uno de ellos saliese a coger yerbas para cocer, y como cocinero o despensero poco diestro, cogió unos cohombros o calabazuelas amargas; y buen recaudo de ellos la capa llena, para que, ya que el pan faltase, hiciese abundancia de yerbas y brodio. Cocida, pues, la comida, sacóla a la mesa. Cuando comenzaron a

(23) *IV Reg.* [II Reyes], 4.

comer los estudiantes, estaba todo amargo como una hiel. Alzan el grito uno en pos de otro, diciendo: varón de Dios, la muerte en la olla. Como si dijeran: la olla está llena de amargura, o veneno mortal.

Costumbre muy ordinaria de estudiantes, mayormente de pupilos, quejarse de la comida, del maestro de pupilos, del ama y del despensero. Y en realidad de verdad, tienen alguna ocasión; porque casi nunca comen una escudilla de caldo que se pueda arrostrar, sino como un caldo de caracoles; y si acaso tiene alguna grasa, es postiza, causada de un cabo de vela que sobró la noche pasada, como da de ello testimonio el pabilo que allí anda nadando. Y la carne que comen, mal cocida, o mal asada, despolvoreada con ceniza; porque la señora ama se crio en los arrabales de la villa de Porcuna, adonde aún todavía está vecindada.

Pero, después de estos trabajos y peregrinaciones, cuando salen de los estudios y colegios para oficios de honor y aprovechamiento, bien se regalan soldando las quiebras pasadas. Aunque sabemos de algunos sabios antiguos que, a la vejez, vinieron en extrema pobreza. Como Anaxágoras, filósofo muy nombrado. En los postreros días y tercios de su vida, tuvo tanta mendiguez que, viéndose tan menesteroso, trataba de quitarse la vida (24). Lo cual sabido por Pericle, discípulo suyo, varón en superlativo grado elocuente, y príncipe ateniense que gobernó aquella república cuarenta años, fue a él y rogóle con lágrimas que, siquiera por su consuelo, y para su enseñanza y consejos, gustara de vivir. El filósofo le respondió con aquel sentencioso dicho: oh Pericle, quien quiere candil o lámpara, ha de gastar aceite. Y, desde entonces, le socorrió muy liberalmente.

Plauto, el insigne poeta antiguo —de quien dice Marco Varrón: si las musas hablaran en lengua latina, habían de hablar como Plauto (25)—, en un año estéril llegó a tanta mendiguez que entró a servir a un panadero, y molía en la tahona, adonde compuso tres comedias, y las vendió para comer (26), habiendo gastado antes mucha hacienda en componer tragedias y representarlas. Otros filósofos han sido muy aceptos a los príncipes; como Aristótel, con Alejandro, monarca del universo (27); de quien solía decir: tanto debo a Aristótel, mi maestro, como a Filipo, mi padre; porque del uno recibí el ser y la vida, y del otro la razón de bien vivir. Y a Diógenes, cínico, estimó en tanto que decía: Diógenes quisiera ser si no fuera Alejandro; como contándose a sí mismo en el primero lugar entre los hombres, y a Diógenes en el segundo. De estos ejemplos, podía referir muchos; pero bastan éstos.

El segundo requisito, muy necesario para aprender cualquiera arte o

(24) Franc. Patricius, lib. 8 *De regis instit.*, tít. 19.

(25) Marco Varrón, *in vita eius*.

(26) Celius Rod., lib. 6, cap. 17.

(27) Franc. Patricius, lib. I *De regno*, tít. 5.

ciencia, es el uso y ejercicio. El cual es tan poderoso que, según dice Cicerón, con poca noticia del arte puede hacer a un hombre retórico y docto en cualquiera disciplina.

Estaba un hombre muy desconfiado de su ingenio para aprender, y un amigo suyo, para persuadirle que trabajase con esperanza de saber, hallada cierta ocasión de un brocal de un pozo labrado de dura piedra, pero gastado y sulcado en algunas partes con la soga, le preguntó: ¿Cómo esta soga blanda pudo hacer mella en una piedra tan dura, sino por la usanza y costumbre ordinaria? De manera que aun los diamantes se gastan, si muchas veces son heridos con instrumentos, aunque sean de materia blanda. Así el entendimiento, aunque sea rudo, con el mucho ejercicio se habilita y aviva en cualquiera arte que pretenda alcanzar; así como un hierro se acicala tratándose, y un cuchillo se aguza en la piedra ámoladera.

Esta diferencia, dice Aristóteles (28), hay entre el sentido y el entendimiento: que el objeto vehemente corrompe al sentido y le destempla, como una luz de un relámpago muy refulgente deslumbra la vista, un estallido de un arcabuz o pieza de artillería ensordece los oídos; pero el vehemente inteligible, o objeto del entendimiento, antes le fortalece, de suerte que queda más aguzado y habilitado para entender otras cosas no tan levantadas. Así que el ejercicio, especialmente de excelentes inteligibles, le alienta y facilita.

Hallo yo una razón de esto que voy diciendo: El entendimiento humano es discursivo. No es como el del ángel, el cual de una vez o de una mirada aprehende y alcanza todo lo que hay en un principio, sin tener más que mirar; pero el humano entendimiento discurre, procediendo de un principio a una conclusión, y después a otra. Y así se va avivando, pariendo nuevos conceptos, mayormente en casos de necesidad, cuando se ve estrechado y alcanzado de cuenta en negocios públicos. De aquí es que hombres algo rudos suelen ser más letrados que otros muy hábiles y agudos, porque sin cesar se ocupan en el estudio de las letras.

Como lo significa la fábula del galápago y el galgo. Que, habiendo hecho apuesta entre sí sobre cuál de ambos corría más, el ligero galgo, confiado de su velocidad, como que en dos saltos llegaría al paradero de la carrera, se descuidó. Y, en el entretanto, el tardo y perezoso galápago, su paso a paso sin cesar y sin descansar, llegó a la raya. Y cuando acordó el galgo y volvió sobre sí, hallóse vencido y atrasado. A cuántos acontece de esta manera, que, confiados de su viveza y habilidad, se distraen ocupándose en negocios ajenos de su profesión y aun contrarios a ella, como paseos, juegos, armas y otras liviandades juveniles trayendo los ojos vendados como un Cupido. Y cuando al cabo quieren abrir los ojos y volver sobre sí, a los otros que eran tenidos por mazos de batán, hallan preben-

(28) Arist., lib. II *De anima*.

dados, encimados, con manifiestas ventajas, por su ordinario macear trabajando noche y día. Porque con el trabajo se vencen dificultades, y se aviva el entendimiento, de suerte que parece otro de lo que era, y corre ya no como perezoso galápago, sino como un ligero gamo.

No de balde dice el vulgar apogtema: *labor improbus omnia vincit*, todo lo doma y vence el ordinario trabajo. El cuchillo, la espada, no cortando ni usándose, suelen tomarse de urín y se hacen inútiles.

Autoriza el Espíritu Santo esta verdad con un símle (29) muy propio, diciendo: llegarás a la sabiduría y doctrina como el que ara y el que siembra, y así esperarás sus buenos frutos; significando por estas palabras el ordinario trabajo con que se adquiere la ciencia (30), a imitación del labrador que rompe y siembra la tierra con tan excesivo afán para coger fruto de ella. Significa también la paciencia y longanimidad que el estudiante debe tener. Si no sintiere luego el fruto y premio de sus vigiliass y estudios, confíe; porque, a imitación del labrador, a su tiempo cogerá frutos de bendición.

El famoso y eminente orador Demóstenes tenía la lengua blesa, esto es, que no podía exprimir claramente algunas letras. Tenía también la voz muy delgada. Estos vicios y faltas de naturaleza, les corrigió a costa de mucho trabajo: el primero, trayendo de ordinario en la boca unas chinillas o piedras pequeñas; el segundo, rompiendo la voz con ejercicio continuo de dar gritos y hablar alto subiendo y descendiendo a un monte.

Que la memoria se acreciente y facilite con el ejercicio, lo persuade el dicho vulgar: *memoria excolendo augetur*, se acrecienta labrándose y ejercitándose. Y las cotidianas experiencias lo enseñan, de suerte que no es necesario nueva persuasión.

En la voluntad así mesmo, y en el apetito sensitivo, hace mucho al caso el uso y ejercicio ordinario de las virtudes y obras buenas para vencer las perversas inclinaciones y dañadas intenciones. Hay hombres de inclinaciones endemoniadas, que con asiduos ejercicios se hacen muy virtuosos, ejemplares y aventajados en vida religiosa, desmontando su propia natural disposición, labrando y escardando siempre la tierra de su corazón, cortando la grama muy cerca de la raíz, ya que las raíces no pueden del todo rozarse hasta que el hombre viva en estado de inmortalidad. Léese del famoso y señalado en virtudes Sócrates, que era de perversas inclinaciones, como se lo conoció Zopiro, otro filósofo; el cual, viéndole la primera vez, juzgó por la fisionomía ser muy deshonesto; pero el buen Sócrates, sabido el juicio del otro filósofo, dijo: razón tiene, porque mi inclinación es malvada. Pero, con su diligencia, iba el buen filósofo apa-

(29) *Eclesiástico*, 6.

(30) *Non iacet in molli veneranda scientia; illa, sed assiduo parta labore, veniet.*

drinando a la razón y refrenando sus apetitos, de suerte que la razón salió triunfadora de la sensualidad.

Todo esto he referido, tan extensamente, para persuadiros cuánto importa os ejercitéis de ordinario en el estudio de las letras que profesáis, trabajando sin cesar, aunque seáis dotado de mucha habilidad, pues con ella y con el continuo estudio notablemente os aventajaréis a vuestros condiscípulos. Apeles, el famoso pintor, por eso fue tan eminente en su arte, por el muy frecuente ejercicio; de quien se lee (31): ningún día tuvo tan ocupado en otros menesteres, que dejase de ejercitarse en su arte, siquiera haciendo una línea.

Conocido hemos hombres muy doctos y hábiles que, de su propia voluntad, se atareaban a estudiar cada día catorce horas. Otros velan largo, madrugan muy temprano; a las veces, se quedan dormidos en la silla, reclinada la cabeza sobre el libro, de puro cansados y alcanzados de sueño. La lechuza fue dedicada a la Minerva; y la ciudad de Atenas, donde se profesaban las letras, le tenía por señal y devisa, significando la mucha vigilancia que requieren las letras. Otros se acuestan vencidos del riguroso frío, que se les ha incorporado en tanto grado que, a la mañana, cuando recuerdan, hallan tan helados los pies como si estuvieran en la nieve. Supe yo de alguno que, en desnudándose el jubón, se calzaba las mangas de él en los arrecidos pies para templar el hielo de ellos. Todo esto, por codicia de saber. Y suele ser tanta la hambre del entendimiento que, cuando pensáis tendrá algún ocio y reposo en el sueño, entonces está soñando la dificultad que entre día trataba, y duerme maquinando la solución del dificultoso argumento que vido proponer a su maestro, o a otro doctor, o algún estudiante agudo, o él había visto en algún grave autor, o es el más eficaz de la opinión contraria — a quien llaman Aquiles.

Los ingenios felices suelen ser tan aficionados al estudio que, en medio de muy graves ocupaciones, después de haber subido a dignidades altas y oficios calificados, no dejan la dulce conversación de los libros; antes hurtan muchas horas al sueño y a las urgentes ocupaciones, para conservar y no olvidar lo que a tanta costa han aprendido, y para estar a punto, dando razón de sí, en los casos que se ofrecen, que no son pocos; sin tener necesidad de recurso a otros letrados, pues ellos tienen bastante caudal para mirar cualquiera caso sin antojos ajenos, y desapasionadamente. Y, aunque deban consultar letrados en graves ocasiones, es justo que la persona que, administrando justicia, ha de dar decreto y resolución última, vaya siempre sobre los estribos como señor de lo que dice y hace, y como sobrestante de los otros letrados. Este aviso y lección es del Espíritu Santo, que, hablando de la sabiduría, dice: *quibus cognita est permanet usque ad conspectum Dei* (32), acompaña hasta la vista de Dios a aquellos que le

(31) Plin., lib. 35, cap. 10: *nulla dies sine linea*.

(32) *Eclesiástico*, 6.

han conocido (si ellos no se apartan de su honrosa compañía). Como el diestro soldado nunca deja la espada de la cinta, aun después de haber alcanzado muchas y muy gloriosas victorias; teniendo por punto de honor y de soldadesca acompañarse de ella, hasta que le sirve de báculo para sustentar sus flacos miembros. No es justo, pues, que la victoria olvide las armas con que fue ganada, ni los honrosos oficios desprecian los libros que fueron estribo para subir a ellos.

Procurá con mucho cuidado tener compañía de estudiantes virtuosos y cudiciosos para mejor ejercitaros, los cuales antes os excedan en sabiduría y cuidado. Y cada día, ultra del estudio ordinario de las materias que oís, pasaréis con vuestro compañero una cuestión fundada en algún lugar de Aristóteles o un artículo de Santo Tomás, o algún otro punto dificultoso de vuestra facultad; para que siempre tenga el entendimiento en qué hacer presa, y se engolosine en el trabajo; estando siempre muy sobre los estribos, para que nadie os concluya con algún argumento, ni os den un quinao (33), como dicen. Y de esta suerte, como el continuo cuidado se ejercita y aguza el entendimiento.

Estaréis muy sobre el aviso de ir raras veces a la patria, aunque la señora madre os importune con muchas cartas, si no se ofreciere urgente necesidad. Porque es costumbre de novatos y pascasios visitar cada Pascua, y en todas las vacaciones, a la carísima patria. En vejamen, se suele dar en cara al señor graduado que cada año iba dos o tres veces a visitar y mamar los pechos de su madre, el mochachón. En vuestra tierra no os estimarán en tanto, viéndoos cada Pascua allá. Ni hay cosa que así estrague los estudios, y les rompa el hilo, como la mucha comunicación de parientes y negocios forenses. Especialmente que los caminos, y el prepararse para ellos, suelen gastar mucho tiempo, de que debe ser muy escaso el curioso estudiante.

En estos avisos que os voy dando, no hablo tanto de mi parecer, y por las experiencias que han pasado por mí, cuanto de sentencia de muchos filósofos y hombres doctos antiguos, los cuales nos daban a entender esto con sus ceremonias y hieroglíficos con que denotaban las partes que debe tener el cuidadoso estudiante. Una ceremonia era: Cuando graduaban algún estudiante, le asentaban en una cátedra, en cuya delantera estaban pintados dos mancebos bien dispuestos en forma y talle de hombres osados, que significaban el trabajo y amor. Porque, si estas dos cosas faltan al estudiante, no hay para qué curse, ni entre en las escuelas, gastando tiempo y hacienda. Y acompañado con ellas dos, saldrá muy medrado. A un lado de la cátedra, pintaban dos hermosas doncellas, que significan cuidado y vigilancia. Porque el estudiante no debe tener pereza, ni ha de dormir mucho; antes debe andar siempre pensativo, y dormir escasamente. A

(33) [“Quinao. Es la vitoria literaria, quando uno a otro le ha concluido, sin que le sepa responder”: COVARRUBIAS, S. de: *ob. cit.*, pág. 892, b, 5.]

otro lado, figuraban un mancebo con hábito de pobre, y con vestido que lo significaba. Porque el estudiante no tiene necesidad de ser rico; pues, según queda dicho, pocos hombres muy hacendados se aplican a las letras. Ni, por ellas, ha de pretender hacerse más rico que sabio; pues las artes, mayormente las liberales, y la Teología, *non sunt de pane lucrando*.

El tercero requisito es la imitación. Para este fin, debéis procurar de oír maestros aventajados en letras y erudición, en quien no sólo haya abundancia de ciencia, pero también un gracioso donaire en decir, leer, en tratar una cuestión con resolución y claridad, en proponer un argumento con eficacia y proseguirle, en responder expeditamente a las dificultades y argumentos sin confusión alguna. Porque con el mismo aire del maestro os quedaréis, y se os imprimirá el estilo de decir y el modo de proceder suyo, como si os fuera natural.

La experiencia nos ha mostrado cómo algunos discípulos salen unos vivos retratos de los maestros, en sabiduría, en el estilo y donaire, que no es poco caudal para letrados. Lo cual no se aprende en libros, que son maestros mudos, y doctores muertos; pero apréndese de los maestros vivos, con la viva voz; que para leer, predicar y disputar, hace no poco al caso. Según dice San Hierónimo, no sé qué energía y eficacia tiene la viva voz del maestro para imprimir en el entendimiento del discípulo lo que se dice y enseña. Por esta causa, Platón, a quien la gentilidad tenía por divino, peregrinaba buscando maestros, vido muchas tierras, comunicó muchos hombres doctos de varias naciones y diferentes reinos. San Hierónimo, también peregrinando, buscó maestros y sabiduría a costa del trabajo del cuerpo y gasto de la bolsa: agotando la bolsa para enriquecer el pecho de sabiduría, según refiere el mismo santo Doctor.

Esto nos enseña el Espíritu Santo, con aquella galana exageración: *si videris sensatum evigila ad eum, et gradus ostiorum eius exerat pedtus* (34), cuando hayas hallado un varón prudente y de mucho seso, madruga a oírle, no te duermas, y debes ser tan cotinuo en oírle que gastes con los pies los umbrales de su casa.

Para el mismo efecto de la imitación, debéis escoger los libros más graves y apropiados a la materia que estudiáis. Y, aunque hace mucho al caso para tener caudal de erudición, y para sacar muy de fundamento la verdad, ser muy visto haber leído muchos libros; pero, para la resolución y firmeza de saber, para la constancia en el leer, disputar y responder a argumentos, es de mucho fruto escoger un libro especial, que trate el arte o ciencia que aprendéis; en el cual, estudiaréis de ordinario, desentrañándole; porque, según dicen, el estudiante de un libro sabe mucho, pues sabe casi todo lo que supo aquel autor en la materia que estudia. Cuál haya de ser este libro en cada arte o materia, no puede el estudiante en sus principios discernirle ni escogerle. Por tanto, tendrá por guía en este pun-

(34) *Eclesiástico*, 6.

to, como en todo lo demás, al parecer de su maestro; el cual, como quien ha tomado el pulso al ingenio del estudiante, le avisará y enseñará en este particular. Y si vuestro maestro, cuyo ingenio frisa con el vuestro, ha escogido para sí algún libro que le cuadra, ése también os convendrá a vos. Cuanto más que el discurso del tiempo en poco espacio os enseñará, pues el entendimiento humano luego se suele abrazar con lo que le es conveniente. Si sois muy agudo y formal, os aficionaréis a las formalidades de Cayetano y a aquel correr casi a la posta de una consecuencia a otra. Si tenéis ingenio claro, os llevará Ferrara tras de sí. Si sois de resolutivo entendimiento, os casaréis con Durando. Si confronta vuestro entendimiento con el de Escoto, luego os llevará a sus sutilezas. Y de esta manera os acontecerá en los demás autores, antiguos y modernos, de cualquiera facultad que sean.

Mucho importa, y ayuda para saber con brevedad, un buen cartapacio dictado de algún lector docto y grave. Pero, realmente, el cartapacio es para principiantes. Y, aunque en él esté toda la medula de los libros, no puede, siendo resolutivo, como debe ser, sacar tan de fundamento las verdades y puntos substanciales. Por tanto, aunque hayáis adquirido y trasladado muy buenos papeles, no os fieis de ellos solamente, porque ningún cartapacista puede ser muy fecundo. Aprovechaos de cartapacios escogidos; pero tené por vuestros principales maestros los libros doctos.

Bien sé que hay, y yo he conocido, hombres tenidos por doctos, que hacen alarde de su habilidad así en púlpito como en cátedra, y lección de graves oposiciones, con papeles ajenos y felicidad de su memoria. Pero a pocas tretas son conocidos, y se entiende claramente cuán cortos quedan; porque, en pasando o saltando de lo que está pintado en el cartapacio, se quedan como peces en pantano cuando el río se seca o vuelve a su madre: *quia si carta cadit, tota sciencia vadit*. Los libros son muy necesarios, y los cartapacios son mucha ayuda de costa y camino para saber; pero no me puedo persuadir que, con solos papeles de mano, sea un hombre eminente, sino muy corto, ceñido y como atado de pies y manos. Paréceme el cartapacio a la carretilla con que enseñan a andar al niño, a la cual va siempre arrimado, y apartándose de ella, luego cae; pero, cuando ya sabe andar, no tiene necesidad de esos auxilios, sino libremente corre por una y otra parte como señor de sí.

Estaréis advertido que hay algunos maestros muy fanfarrones, que presumen demasadamente, creyendo de sí que no hay otros que les iguallen, y queriendo alzarse con la sabiduría, como si en ellos se hobiera cifrado la ciencia de los antiguos y modernos. De éstos os habéis de guardar, y excusaros de oírles, aunque sean muy doctos. Y si les oyéredes, usá del astucia del discreto varón que, llegando a un rosal, coge con recato la rosa guardándose de las espinas. Guardaos de esos blasones, no se os impriman; porque, según nuestra naturaleza está dañada, más fácilmente se inclina al mal que al bien, mayormente en caso de ambición y soberbia,

que tan entrañada le tiene por herencia de los padres primeros. El río, por donde va más manso, por ahí está más hondo; y donde hace mucho ruido, lleva poca agua. Así el hombre callado y sosegado suele tener mucha profundidad; y el que mucho habla, ése sabe menos. Los ignorantes tienen mucho ruido, pero poca hondura. Los sabios, al contrario, suelen tener mucha profundidad y poco sonido. La moneda, no tanto se juzga por las letras y color, cuanto por su peso; porque la falsa, como dijo el antiguo Zenón, aunque tenga letras, color y sonido, fáltanle los quilates y peso.

Digoos todo esto por que no seáis blasonador, presumiendo y hablando de vuestras letras en todas ocasiones; sino donde convenga y sea necesario, allí tenderéis las velas, mostrando tanta profundidad que casi no se halle suelo en ellas. Ni seáis como las parleras ranas, que hunden el mundo con sus voces, y ellas son nada. Pitágoras, filósofo muy acertado, según queda arriba apuntado, enseñaba sus discípulos a callar los años primeros, para que, cuando hablasen, supieran y entendieran lo que decían, siendo escasos en palabras no necesarias; porque, según dicen los hombres sabios, hablar mucho es señal de liviandad.

No tampoco os quiero persuadir seáis pusilánime y de corto corazón, antes deseo ver en vos bríos y pensamientos levantados, esperando que con el favor del Cielo y con vuestra diligencia y méritos alcanzaréis premio abundante de vuestros trabajos. Acuérdomme cómo solía yo decir a mis discípulos y oyentes en las artes liberales y Teología, para alentarlos a estudiar y ponerles aceros: tené levantados pensamientos, no contentándoos con ser capellanes o curas de vuestras aldeas; aspirá a cosas más altas, que, con el favor de Dios, os veréis muy pujantes y medrados. Esta persuasión hizo tanto efecto en algunos de ellos, que los he visto muy prosperados en letras y con prebendas calificadas y de gruesa cantidad; a otros, en oficios públicos y administración de justicia. Pues en este caso, como en los demás, se deben evitar los extremos de ambición demasiada y de pusilanimidad.

Sobre los tres requisitos explicados, hay otro muy importante, que ayuda grandemente al estudio: éste es, que sea el estudiante honesto, virtuoso, recogido, y tenga cuenta particular de su conciencia, apartándose de vicios y de toda distracción. Aquí cuadra muy bien lo que dijo Aristóteles: *intus existens prohibet extraneum* (35), la afición de juego, de mujeres, el pasear largo, ocupan el entendimiento y voluntad, y si estas aficiones entran en el ánima, no dejan puerta abierta ni aun portillo ni resquicio muy estrecho por donde entre la ciencia y haga asiento en el ánima.

Vais oyendo la lección de vuestro maestro y, en medio de la corriente de la lectura, os halláis desadvertido. Y vais a dar alcance al pensamiento en la calle de la ocasión, en la casa del juego y pasatiempo, y aun en la casa

(35) Arist., II *De anima*.

del diablo femenino. Vais estudiando por vuestro Santo Tomás, o por otro autor, y mirando la primera y segunda conclusión, no advertís a lo que leéis. Y, pasadas tres o cuatro columnas de un libro, no sabéis por dónde vais, porque camináis con una oscura niebla que os tiene ciego y desadvertido. Pero, cuando el corazón está libre de pasiones, procede con mucha suavidad y atención.

De aquí es que los antiguos fingían la Minerva o Palas, diosa de la ciencia, ser virgen muy casta y acompañada de doncellas; porque el estudio de las letras pide un corazón casto, virginal, y muy apartado de todo género de carnales deleites. Y, en medio de la gentilidad, muchos sabios renunciaron el matrimonio, guardando perpetua castidad, para emplearse más de lleno en la contemplación de Dios y de las cosas naturales.

Los colegios y universidades son como unas almácigas, donde se crían plantas que han de ser traspuestas, y como una salina de donde se saca sal, con que todos los manjares se adoban y reciben sabor. Pues si la almáciga es de ruines posturas, y de ruin casta, ¿qué tales serán las plantas? ¿O qué fruto se puede esperar de ellas? Si la sal es vana, ¿qué sabor dará a la tierra? No será de fruto alguno, sino para arrojarla en la calle, adonde sea de todos hollada. De la manera que un melón, siendo bueno, es fruta de mucha estima y suave sabor, pero si es badea (36), ningún gusto delicado le puede arrostrar, así un letrado virtuoso y honesto es de todos amado y respetado; pero un distraído es aborrecido sobremano.

Particularmente os encargo y ruego que os abstengáis mucho del juego de los naipes; porque, aunque el jugar a ellos no sea pecado mortal, ni aun venial, ello en sí considerado —y aun puede ser acto de virtud, si se juega con las circunstancias debidas, de tiempo, lugar, persona, y las demás condiciones requisitas en el juego—, pero suele ser tan goloso, suélnense cebar en él algunas personas en tanto extremo, que lo usan muy culpablemente, perdiendo la hacienda, tiempo y estudio. Y al cabo de los cursos, algunos estudiantes salen grandes jugadores y nada medrados en letras. Y, aun cuando se veen en oficios y dignidades, no se saben olvidar del juego, con que no poco desdoran sus personas y oficios. En este caso, me remito a la experiencia que ha pasado por muchos, con notable daño suyo. Y pues tendréis noticia de ello, es razón que sepáis escarmentar en cabeza ajena.

Algunos estudiantes y letrados veo muy aficionados y ocupados en el juego del ajedrez, que los italianos llaman *scachia*. El cual, realmente, es de ingenio. Y para hombres hábiles. O memoriosos; porque yo he conocido hombres muy rudos para letras, y en el ajedrez eminentes y famosos. A este juego nunca me aficioné, aunque no lo ignoro. Según dicen los

(36) [“*Badea*. Es una especie de melón cuya carne es muy floxa y aguosa... A los malos melones les damos este nombre”: COVARRUBIAS, S. de: *ob. cit.*, pág. 182, b, 35.]

doctores, el juego se ordenó para placer y recreación del ánimo; y aquél es el mejor, más bueno y más lícito, que está más sujeto a la fortuna y menos al saber e industria; porque el ejercicio que requiere industria y saber, antes fatiga que recrea el ánimo (37). De donde, en razón de juego, el peor es el del ajedrez. Porque requiere mucha advertencia y esquilma mucho el entendimiento, y realmente la atención que se emplea en este juego era muy bastante para estudiar y penetrar una cuestión bien dificultosa y delicada; como lo siente en este particular el eruditísimo Francisco Patricio (38), que, tratando del Rey y reino, y de sus entretenimientos, dice no convenirle al Rey este juego, porque pide ociosidad, gasta el tiempo y le hurta a cosas más serias.

Sea, pues, vuestro entretenimiento, en juegos de recreación y de ejercicio corporal, que valen mucho para aliviar el ánimo, para la digestión, para remedio de opilaciones y crudezas de estómago, que son muy ordinarias en estudiantes cudiciosos. Tengo por muy provechosa la recreación que se recibe en el campo, en alguna granja o huerta, donde la vista se espacia y deleita, los miembros se ejercitan, el estómago y cabeza se confortan. Y si esta recreación hobiere de durar más de un día, llevaréis por vuestro contento un libro de historia o de otras materias fáciles que den contento, a imitación de hombres eminentes y cudiciosos de saber, los cuales en estudios más ligeros hallan requie y alivio de los más graves; así como, para curar la mordedura de la víbora, de ella misma se conficionan remedios sanativos de su misma ponzoña; y como el herrero, que, para aliviar su trabajo, suele dar en vacío algunos golpes en su yunque con el mismo martillo que suele trabajar.

Costumbre y astucia muy antigua del enemigo del linaje humano, es armar anzuelo matador debajo de cebo gustoso, y engañar con disfraces y color de bien. Para este fin, ha introducido en las escuelas, y entre los hombres ingeniosos así letrados como romancistas, libros de lengua latina y castellana, llenos de deshonestidades paliadas, y aun manifiestas, que contienen algunas elegancias y modos galanos de hablar, propios y agudos, y conceptos muy delicados en materias poco honestas, para entrarse por este falso portillo y prender poco a poco el corazón libre de pasiones. Por tanto, os exorto que os excuséis con mucha advertencia de leer semejantes libros, que hacen notable daño; como lo confiesa haber recibido San Agustín, en el libro primero de sus Confesiones (39), y se acusa de este delito advirtiendo a los curiosos y deseosos de aprender frases elegantes. Como todos los modos elegantes y discretos de hablar, y pensamientos delicados, se hallan en otros libros honestos; mayormente en esta

(37) Navarro, *in summa*, cap. 19, núm. 3.

(38) Franc. Patricius, lib. 3 *De regis instit.*, tít. 12.

(39) August., lib. I *Confessiones*, caps. 15-16.

nuestra era y tiempo, cuando han salido a luz tantos libros en extremo curiosos así en lenguaje como en conceptos y propiedad.

Por tanto, semejantes libros debían ser desterrados de las escuelas, y aun del todo prohibidos, por el mucho daño que acarrearán con sus fábulas fingidas, atribuyendo a los que tenían por sus dioses deshonestidades muy ajenas de la divinidad, que en ellos falsamente creían haber; con que los flacos mozos se provocan a imitarles, haciendo su discurso o paralogsimo: Si el que es tenido por Dios comete obscenos adulterios y feos estupro, ¿qué hará el flaco hombre? Y según nota San Agustín muy agudamente, por esas torpezas referidas de los poetas, o historiadores, no se aprenden palabras propias y elegantes, antes por esas palabras se aprenden y ejercitan las torpezas significadas por ellas.

No es mi ánimo prohibiros la lección de libros y autores gentiles, pues en ellos se halla mucha erudición y moralidades; las cuales, trasladadas al cristianismo, harán mucho fruto. Allende de esto, casi toda la filosofía natural y moral que sabemos, es aprendida de filósofos gentiles. Pero lo que os aviso es os guardéis de algunos libros lascivos, llenos de fábulas e historias poco honestas, así de gentiles autores como cristianos, por el daño e inconvenientes referidos.

Pedíme parecer cerca de los grados de cada facultad: si los recibiréis, habiéndole aprendido consumadamente, o os contentaréis con lo esencial, que es saber, sin pretender esos accidentales testimonios. En este punto, mi consejo es —y será de cualquier hombre cuerdo y docto— que os animéis a recibir todos los grados de vuestra facultad; porque son testimonio de los estudios, crédito acerca del vulgo y premio de los graves trabajos que se pasan aprendiendo letras. Eso quiso decir el otro poeta (40): *at pulchrum est, digito monstrari, et dici hic est*. Hay gustos que se saborean mucho, de que, cuando pasa el letrado por la calle, le señalen con el dedo diciendo: veis allí al doctor, o maestro.

Ultra de esto, con el cuidado de haber de dar razón de sí en actos públicos, se esfuerza el hombre a estudiar con más diligencia, penetrando más íntimamente las verdades y dificultades. En este caso, procurará con grandes bríos dar cuenta de vuestros estudios, de tal suerte que ningún condiscípulo se os aventaje. Pues Naturaleza, como piadosa madre, con larga mano os ha dotado de ingenio y viveza de entendimiento. Sólo falta lo que está en vuestra mano, esto es, el trabajar. Trabajá, pues, de manera que en ningún trabajo llevéis el tercero lugar; antes procurá de merecer el primero; y si ése no alcanzáredes, parezca que merecáis más que el segundo.

Los grados de las Universidades fueron aprobados por decreto de la santa Iglesia Católica, en el Concilio Constanciense, adonde son condenados los errores de Wyclef, hereje; y era uno de ellos, que los Grados,

(40) Persio.

Magisterios, Universidades y Colegios eran introducidos con vana gentilidad. Este Concilio Constanciense y el Basiliense, aunque no tienen autoridad cierta e irrefragable en todos los decretos, pero fueron aprobados por especial de Martino V, Pontífice Sumo, cuanto a los decretos de fe y cuanto a los artículos y errores de los herejes condenados en ambos Concilios. También están aprobados los grados en la Clementina única *De magistris* (41).

Paréceme haber tenido ejemplo esta santa ceremonia de graduar, en la que nos refiere el santo Evangelio que usó el Padre Eterno cuando graduó y puso la borla de doctor celestial a Jesucristo, hijo suyo y redentor nuestro, en el bautismo y en la transfiguración (42), cuando, dándole por maestro de los hombres —con asistencia del Espíritu Santo, que allí pareció en figura de paloma en el bautismo, y en figura de nube en la transfiguración—, dijo en alta voz: “Este es mi hijo muy amado, de quien estoy muy agrado y satisfecho; a él debéis oír como a maestro”. A imitación de esto, en las Universidades, el Canciller —con aprobación de los maestros de la facultad— gradúa a los que por sus estudios y habilidad han merecido la borla de su facultad, adornándoles la cabeza con borla de color conveniente a la ciencia que profesan, y el dedo con precioso y galano anillo, como a verdaderos esposos de la ciencia que con tan largos trabajos y vigiliass han merecido por esposa suya.

Hay una yerba, cuya raíz es negra; pero la flor es blanca, como de azucena (43). Esta se llama *moly*, y de ella dice Homero que Mercurio la dio a Ulises; la cual dice ser muy dificultosa de arrancar, por nacer entre peñas y tener larga raíz. Las raíces, de donde se produce la ciencia, son las vigiliass, necesidad y trabajo asiduo; pero el día del grado parece la flor blanca y hermosísima, como premio de tan largos trabajos, con el cual se endulzan y olvidan los amargores y acíbares de tan larga peregrinación y vigiliass.

Pero es dolor entrañable, para quien lo siente, ver que ya la raíz de esta yerba tan hermosa no sea otra cosa sino oro y plata y vanas negociaciones. Quiero decir, que los grados sean venales. Porque en muchas Universidades el que tiene cursos mal andados, aunque pobre en letras, siendo rico en la bolsa, y haciendo gastos excesivos, compra el grado que desea. De que también, en siglos pasados, se dolía el Pontífice Clemente Quinto en el Concilio Vienense (44). Y aun se suele comprar suplemento de cursos, según anda todo venal y simoníaco. De donde procede que no es conoci-

(41) Clem. única *De magistris*, cap. 2.

(42) Math., 3 ET 17.

(43) Homero, *in Odisea*, lib. I; Dioscórides, lib. 3, cap. 50; Plinio, lib. 15, cap. 4.

(44) Clementina única *De magistris*, cap. 2.

do fácilmente el famoso letrado, ni se diferencia el idiota (45) graduado, sino con largo discurso de tiempo. Y se da, injustamente, el premio a quien no lo ha merecido.

Paréceme que os oigo preguntar una duda muy curiosa, y digna de ser sabida, acerca de este punto que he tratado de los grados e insignias de ellos, y del diverso color de las borlas con que en diferentes facultades se suele adornar la cabeza del graduado. Porque ningún hombre de ingenio dudará sino que los antiguos sabios se fundaron en razón, para diferenciar estas borlas y las otras insignias de los grados. Tenéis mucha razón de formar duda tan galana, y a mí me ha puesto en mucho cuidado absolverla, por no haber hallado autor grave, antiguo ni moderno, que haya reparado en este punto, especialmente de las borlas; aunque de las otras insignias, como la cátedra, anillo y birreto, han tratado doctores graves, según arriba queda explicado. Y, especialmente del birreto, dice San Antonino que se da *in signum aureolae, sive premii*, o de libertad (46).

Pero de las borlas y su diferencia nadie ha tratado, ni ellas son tan antiguas como las otras insignias. Y, a lo que yo puedo conjeturar de ellas, su origen debió de ser como imitación de las antiguas coronas, que eran y agora son insignia de reyes. Dábanse también a los capitanes vencedores, en señal de valor y para honra y estima. Solían también ser premio de los que vencían en juegos públicos. Ansí mesmo, a los poetas coronaban con laurel. Otras coronas usaba la antigüedad en regocijos, tejidas de flores e yerbas odoríferas. A cuya imitación, los autores de estos grados y borlas con mucho acuerdo ordenaron que, en el supremo grado de cada facultad, se diese una borla de adorno, como corona de vencedor y como a persona valerosa, digna de reino y de mucha estima, que ha vencido todas las dificultades de las ciencias. Pero los colores diferentes de las borlas, a mi juicio, se atribuyeron según el objeto o materia principal de que trata cada una facultad.

Al maestro en Artes se le da borla azul; porque, como es graduado en las siete artes liberales y en la filosofía natural, y el objeto principal de la filosofía es el cielo, que, según la apariencia, es azul (aunque en realidad de verdad no tiene color alguno), y de cuya reverberación las aguas del mar parecen azules, por esto le adornan con borla azul.

Al médico dan color amarillo; porque el objeto de la Medicina es el cuerpo enfermo, y éste siempre está amarillo.

(45) [“Los latinos llaman idiota al que no ha estudiado ni sabe más que sólo su lenguaje ordinario, común y vulgar, necesario para tratar sus cosas, sin meterse en lo que toca a ciencias ni disciplinas, ni en deprender otra lengua más que la suya. El español llama idiota al que teniendo obligación de saber, o latín o facultad, es faltó e inorante en ella, o al incapaz que intenta el arte o ciencia que no ha estudiado”: COVARRUBIAS, S. de: *ob. cit.*, 726, b, 13.]

(46) S. Antonino, III p. *Theol.*, tít. 5, et 2 *in fine*.

Al legista dan colorado o carmesí; porque su oficio es administrar justicia vindicativa o punitiva, y ésta suele sacar sangre. Por cuya razón, le pintan con espada en la mano: Y, según dice el Apóstol (47), no sin causa trae el juez cuchillo. Y antiguamente traía asegures, para castigo de los delincuentes, hasta sacar sangre, que es el color de su borla.

Al teólogo justamente se le atribuye borla blanca, pues trata de Dios, y ningún color más participa de la luz, ni más conviene con la divinidad, que lo blanco.

Del canonista, por qué haya escogido el color verde, no he hallado razón que me convenza; pero he imaginado ésta: como la ciencia de Cánones es una ciencia media entre la Teología y las Leyes, pues los cánones son unos decretos y leyes santas y eclesiásticas, y una práctica teología, por tanto se le atribuyó devisa verde, que es color medio entre blanco y colorado, colores convenientes y apropiados a la santa Teología y a las Leyes. Favorece a esta mi razón la que da Inocencio Tercero en el libro que compuso *De sacro altaris misterio*, tratando de los colores que usa la santa Iglesia en sus vestiduras: *ubi in fine capitis ita habet, restat ergo quod in diebus ferialibus et communibus viridibus sit utendum indumentis quia viridis color medius est inter albedinem, nigredinem et ruborem*. Y lo mismo refiere Guillermo Durando en el Racional de los divinos oficios (48). Dicen vulgarmente que el color verde se atribuye a los canonistas como símbolo de esperanza; pero yo no hallo qué mayor razón tenga el canonista de concebir esperanzas que el teólogo y el legista, porque, si hablamos de la esperanza del premio eterno, ¿por qué ha de ser excluido el teólogo, ni el legista, ni aun el médico, acudiendo cada cual a lo que debe según su facultad? Si se trata de la esperanza de prelacías y prebendas, más idóneo o, a lo menos, tanto es el teólogo como el canonista. Si de honra y dineros, el dicho vulgar está en favor de los legistas y médicos: *dat Galenus opes, dat Iustinianus honores*.

Con ésta, lleva el recuero dineros para el gasto y para ese grado que agora ha de recibir, que le envía su padre con algunos regalos de su madre y hermanos. Que todos están con salud y deseo de que vuestra merced le tenga muy próspera, con mucha pujanza de sus estudios. Y así lo suplican a nuestro Señor en sus continuas oraciones. El cual le conserve largos años con su gracia, y con los acrecentamientos que su larga mano puede y suele dar, para mucho bien de su santa Iglesia.

(47) *Ad Rom.*, 13.

(48) Guilier. Durand., lib. 3, cap. 18.

